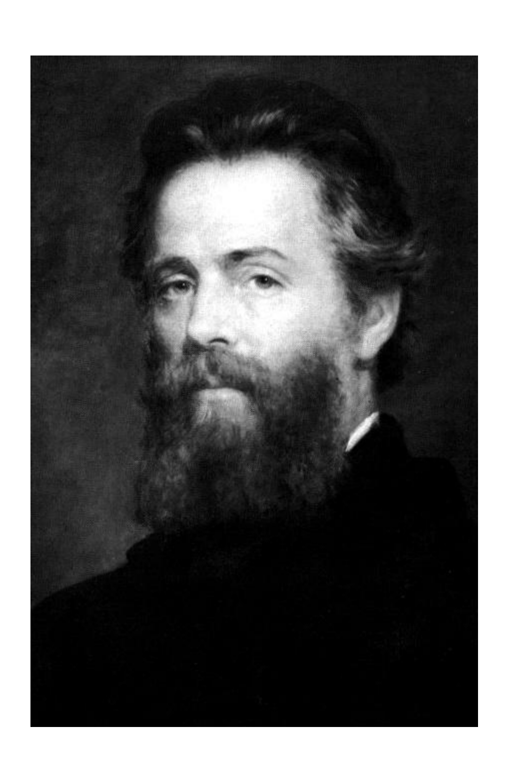
CARLOS A. DISANDRO

HERMAN MELVILLE (1819-1891)
El último rapsodo

Breve nota recordatoria



1

No tenemos acceso a la realidad compleja del acontecer en su trama epifenoménica, que es la emersión de un *iceberg* en el océano de las diacronías y sincronías unitivas, contrastantes, excluyentes, reasuntivas, totalizadoras. Sólo el profeta, en la dimensión escatológica, y sólo el poeta-rapsodo, el gran constructor de relatos, o sea, de duplicaciones semánticas del *déroulement* physico-mythico-histórico, pueden acceder y trasvasar a parámetros symbólicos la entraña de ese acontecer. La historia crítica acumula estratos, pero difícilmente induce la cadena biológico-espiritual del *homo vivens*. Pensamos en Cervantes, Goethe, Balzac, Flaubert, etcétera, y destacamos que, en la Historia Universal, el caso de Estados Unidos es particularmente complejo en su advenimiento geohistórico, en sus cambios fundamentales desde el siglo XVIII, a este centenario de un novelista-rapsodo que despierta mi meditación: la muerte de Herman Melville, quien nace como sabemos en 1819. Empero, la centuria de 1891-1991 está sobrecargada de tensiones insólitas, entrevistas precisamente en la prosa del rapsodo recordado.

Creo que Melville, desconocido en gran parte de América Románica y en gran medida por la *high society* de la supuesta cultura moderna, por las *elites* confabuladas de hecho en desconocer la excelencia del espíritu libre y visionario, merece una respetuosa recordación , ni pacata ni descontrolada. Simplemente objetiva y lúcida. Como tantos otros, Melville no es potable en una culturación de masas, por la novela indiferente, tra-

segada en empresa desatendida de la *ilustración* profunda de un hombre insatisfecho. Su lenguaje, densamente simbólico, y esa extraña alianza de *antiquitas et modernitas*, lo tornan oscuro y extremado para la sensibilidad actual. Pues en él se unen justamente algo de profeta, y mucho, muchísimo, de poeta physico-symbólico. Por eso lo coloco en la estirpe *philogenética* de los noméridas, y quizá podría considerarlo el único homérida americano, no de trasplante sino de radicación biológica absoluta, de criatura ínsita en la tierra americana del septentrión, para la vastedad de ese ámbito geo-histórico. Consecuentemente resulta la mejor inteligencia de Norteamérica, en el sentido de la mejor lumbre semántica para concebirla, receptarla, entreverla en su decurso, su coronación y su hybris, al menos para el caso de un americano románico, criado en la filología latina, como define su personalidad quien esto escribe, en memoria del último rapsodo.

2

Naturalmente sería menester discriminar la lengua –compleja y rica– de Melville. Para ello, confieso lisa y llanamente no tener competencia. En todos mis trabajos hay una base de *experiencia* personal lingüística, sea en el campo de la antigüedad clásica, en el área románica desde luego, y en el área germánica. Incluso algunos trasfondos de la lyrica inglesa no me son desconocidos. Pero la "lengua" de la literatura norteamericana –si puede hablarse así– me resulta un continente ignoto y difícil. Mi interés, en este momento y en estas breves páginas, consiste en rescatar del olvido la figura de Herman Melville para que algún argentino o chileno, perito en tales aledaños del Norte, le consagre un estudio de interpretación, más profunda y restricta que la mía, simple ensayo de veneración por un artista inconfundible y valioso, ***hoy***.

Confieso que mi interés se acrecentó por el acentuado y enigmático symbolismo de su reino; y que, en particular, fue la relectura de algunas páginas de *Moby Dick*, consagradas por Melville al símbolo del color blanco con evidentes tendencias herméticas, lo que me retrotrajo a lecturas juveniles y a las sonancias y resonancias de harmónicas contrastantes desde la Antigüedad. Y pienso que esas páginas de la novela insigne merecen –como digo– pericia y profundidad de un hermeneuta del lenguaje. Desde luego el inglés literario y coloquial yanqui no es, repito, mi competencia. *Forsè altro cantero con miglior pletro.* Sin embargo creo distinguir en el artista ciertos cortes fundamentales, algo que sugiere su propia vida, articulada por *salidas* y *repliegues*, por embates y por ocios, los cuales parecen ejemplificar un modelo considerado por Toynbee (cf. *Estudio de la Historia*) como una energía creadora o por lo menos suscitante en los parámetros de la Historia Universal.

Pienso que en Melville todo ello está ligado a la intuición o la búsqueda de un símbolo incluyente, de su propio periplo estético y de la *res publica americana*, esto es, Norteamérica. Pero ¿tiene nombre esa *res publica*, o se atribuye o le atribuimos el *nomen* de un *totum* que no representa? Y así Melville, de grado en grado, mitifica para develar el "nombre de América" y acotar el "nombre de la *res publica* del Norte".

A esta semántica totalizadora, en cuanto a Estados Unidos como un todo incluyente pero hybrido, corresponden escalas menores, geo-históricas como el Océano, los océanos del Sur como lo ignoto absoluto y cósmico; la nave del capitán Ahab, Moby Dick, los contramaestres o arponeros yanquis, frente a una humanidad totalizadora en representantes de todas las razas y credos.

Todos estos planos se insumen a su vez en ciertos personajes como B. Budd el marinero, el apolíneo, frente a la entidad maligna de su contramaestre, al que mata de un puñetazo. Y creo que, descendiendo por esos niveles, recuperamos ciertos aspectos proféticos, en parte derivados de la meditación bíblica y en particular del *mysterium iniquitatis* de San Pablo.



Representaríamos esta simbología en un enfrentamiento cosmogónico-histórico entre *fuerzas aquerónticas* y *destino hyperbóreo apolíneo*. Las primeras tienen su sede en el mar tempestuoso, en Moby Dick. Los segundos aparecen por un azar heráclico, que Melville registra con extraordinaria hondura y lucidez. Entretejiendo todas las coordenadas, se presenta la figura y el destino de la *res publica* americana del Norte. Parecería que Melville la ve inclinarse hacia las fuerzas aquerónticas por un deslizamiento silencioso y continuo a ese abismo del *mysterium iniquitatis*, que significará, por otro lado, la regencia de un poder incontrastable.

Creo que la meditación de este destino ha ocupado gran parte de la actividad estética y symbólica del poeta y novelista. El homérida, rapsodo de América, registra una suerte de *katábasis* que implica una reflexión poderosa sobre la Historia Universal, aparentemente cíclica también. Aunque, en este aspecto, es posible postular sea mayor la influencia bíblica del Antiguo Testamento.

La intuición, pues, de Melville sería en todo caso una representación de *Untergang*, pero que pasa por la república del Norte; la intuición, espejada en los términos que digo, lo emparenta también con algunos símbolos de Balzac. No sé en qué medida la novela o el cuento de Melville tiene estímulos en la copiosa producción del artista francés. Pero hay rasgos comunes que pueden originarse en el período romántico y post-romántico. En cualquier forma, no es necesario recurrir a Goethe, Balzac, Dostoievsky u otros. Pues la novela entera norteamericana, como ciclo moderno acusado, tiene sus propios parámetros. Sin embargo Melville ofrece un resabio de erudición humanística que creo de referencia europea, preferentemente inglesa, sin olvidar por cierto el impacto de Shakespeare en un escritor tan riguroso como el yanqui.

Sería preciso reexaminar y ordenar la simbología de Melville en sus novelas cortas o cuentos. Ella parece preparatoria, en algunos casos, del gran universo de *La ballena blanca*; o a la inversa, ésta clarifica por sesgos contrapuestos, la serie diacrónica de símbolos apocalípticos en su semántica *develatoria* específicamente griega. Sin pretender trazar con rigor hermenéutico una diacronía probable, tendríamos en primer término la *cosmogonía* implícita del poeta. De ella proceden los remanentes geológicos y geovivientes: *Las Encantadas*; las montañas misteriosas y selváticas del *Vendedor de pararrayos*, casi una Anatolia yanqui, bajo el fulgor de los rayos olímpicos; o las desgastadas y ruinosas del *Paraíso de los solteros*; la presencia de los océanos del sur, etcétera. En el extremo opuesto tal vez el desarrollo geométrico de *Bartleby*, el hombre en la absoluta

derelicción post-paradisíaca, y la emersión monstruosa de las "tortugas" urbanas y sus potentes contexturas, desoladas y malignas.

Entre estos dos cabos –*Las Encantadas* y *Bartleby*– el vasto discrimen de *Moby Dick* y el desafío de un hombre cínico que maldice la natura inhóspita e incomprensible; los bosques inmutables del *Vendedor de pararrayos* como símbolo de una ilusión, ayuna de los dioses olímpicos. Y finalmente, el orbe empedocleo de *neikos* y *philotes*, que parece estar en la base de todas las coordenadas posibles.

No olvido desde luego el "buque fantasma" de *Benito Cereno*, cuya simbología –yo diría barroca y compleja– no es inferior en ningún sentido a *La ballena blanca*. La visión retrospectiva de Melville de la España imperial y navegante cuenta entre la prosa más densa del rapsodo angloamericano. Y he dicho "buque fantasma" como conciente alusión a la saga y al drama wagneriano. No excluyo la posibilidad de atribuir a Melville una intención para que la saga del Mar del Norte se vea transformada en saga siniestra de los mares del sur y en el choque entre razas inconciliables, trabajadas unas por la pericia y la tenacidad del *poder*, y otras por un rencor secular (*neikos*), causa de inevitables catástrofes para la *res publica* que ejerza aquel poder. Y este contexto se torna para Melville indudablemente en anticipo profético de los tiempos del Anti-Cristo. La dimensión teológica de la *Novela* y de las "novelas ejemplares" de Melville merecería un re-examen más completo, precisamente en este fin de milenio, en que Estados Unidos y su *poder mundial* denota los caracteres malignos, so capa de cristianismo ético, de justicia también mundial. Pero esta sería otra cuestión realmente decisiva: si la causa de la corrupción del mundo y del poder que lo inviste como un guante no es, en definitiva, una pavorosa corrupción teológica, que en la Escritura lleva el nombre de "apostasía". Herman Melville, creo, no está lejos de esta conclusión cuando la palabra "apostasía" casi está borrada del vocabulario teológico.

4

Por supuesto pueden trazarse otras latitudes del símbolo operativo, sobre todo si tenemos en cuenta la hermenéutica rigurosa de Melville con el texto bíblico. Aquí, desde luego, conviven la vivencia de la tradición cuáquera, pero también una indudable erudición del romanismo pre-luterano, o de la lectura de los Padres latinos, en particular San Agustín. Y sin muchos fundamentos, me atrevería a decir que la sombra de San Agustín y su *Ciudad de Dios* campea en los horizontes enigmáticos, escatológicos y apocalípticos del novelista. Agrego en fin, *the last but non least*, la sorprendente inclinación de Melville por el Misterio Celebrado en la Iglesia romana, es decir, por el complejo universo simbólico de la liturgia latina. En qué medida le han llegado a Melville ecos de la renovación indiscutible en el siglo XIX de esos parámetros, es asunto que desconozco absolutamente. Pero esa renovación se define imbricada con el romanticismo gótico, con el simbolismo galo, con la música gregoriana, con el estudio de las fuentes medievales, entre 1820 y 1870, o sea el período que abarca justamente la actividad rapsódica de Melville.

La decadencia religiosa, teológica, cultual de este fin de milenio parece entrevista por Melville en varios signos. Incluso la curiosa insistencia en resonancias islámicas o coránicas resulta sorprendente. Asimismo el interés que tuvo por figuras como Bolívar deja un poco perplejo; tal vez le llamó la atención la vastedad de sus campañas militares. Su conocimiento de Perú y Chile, del sur patagónico, el estrecho de Magallanes, los mares antárticos es algo más que memoria de un aventurero. Algún amigo y colega de *Ciudad de los Césares*, seguramente munido de erudición histórico-hermenéutica podría revisar este tema con provecho indudable para quien esto escribe y para todos los lectores de esta empeñosa revista. Me limito sólo a perfilar sorprendentes rasgos de Melville y a

requerir de nuestro amable Director publique, como homenaje, las páginas que Melville dedica, en *Moby Dick*, al color blanco como color hermético.

Sin embargo, sigue siendo enigmática la fuente lyrica de este expresivo contexto symbólico-teológico. La interpretación referida a los remanentes bíblicos y cristianos en una sociedad profundamente descentrada del universo medieval románico y anglo-aristocrático, no resulta suficiente. Advendría más bien en el espíritu de Melville una oculta corriente de la modernidad, sentida como itinerario ineluctable a la catástrofe y producido por una confusión maligna en el conocimiento. Es decir, lo que despierta y provoca el ágil desenvolvimiento del symbolo existencial y/o escatológico es la rara advertencia de una equivocación, inducida por lo que la Tradición teológica llama la "tentación".

El mundo de Melville es un mundo de tentaciones aceptadas y cumplidas con alegre desprecio por la sabiduría secular de los antiguos. Hay en este sentido personajes claves, según los perfiles concebidos por el artista; expresiones enigmáticas; relieves intencionados; deliberadas reiteraciones; sugestivos cortes, que valen como un silencio mystico. Pretendo sugerir que en este positivista, en este physico, que re-examina como un nuevo Leonardo la corporeidad humana inscripta en el mundo, en este poeta pues, la esplendencia óntica del *mysterium* produce como un abrirse del lenguaje al símbolo, sin que medie ninguna prefiguración inquisitiva. Dicho de otra manera, el símbolo holístico y totalitario es, en Herman Melville, según creo, la verdadera *physis*, a la que sólo tiene acceso el relato del rapsodo. Pero el audiente de este *rapsodein* ya no ostenta parámetros semánticos, ni míticos, ni mysticos, ni estéticos, ni teológicos ni políticos para interiorizarlo. La explosión de ese remanente gravitacional sería la *res publica americana*, y en particular el sutil mundanismo religioso con que ella desacraliza el mundo por su confusión con Dios, y destrona a Dios porque lo vive como epifenómeno de su conciencia de instalación *profana*, en la cual culminan la creación, el hombre, la cultura, etcétera. ¡Qué soberbia! *Der Mensch in der Sacralität* (el hombre en la sacralidad) es ahora el yanqui, *der Mensch in der Profanität* (el hombre en la profanidad). ¡Es la máxima *reversión semántica*!

Es posible sospechar –y así lo testimonio por veracidad inexcusable– que mi hermenéutica promueva una desmesurada imaginación. Conviene advertir pues mi propia perplejidad. Pero en cualquier forma, la significativa densidad de este *rapsodein* americano obliga a confrontar detalles profundos, francamente coincidentes con la trama de una situación histórica entenebrecida, precisamente al cumplirse un siglo de la muerte de Herman Melville. En la revista *Ciudad de los Césares* cuadra esta recordación y esta advertencia, por la calidad superior con que se cumple en la revista chilena la misión de la inteligencia americana, ***hoy***.

Carlos A. Disandro

Alta Gracia, 18 de agosto de 1991.

Publicado en *Ciudad de los Césares*, n° 21, Santiago de Chile, noviembre-diciembre de 1991.